

DE 1955 A HOY

por SEBASTIAN SALAZAR BONDY

En 1955 un grupo de gentes jóvenes, la mayoría pertenecientes a la generación que ingresó a la vida pública —es decir, política— en 1944, al lado del Frente Democrático Nacional, contra la vil dictadura pradista de neto corte oligárquico, fundamos el MSP. Nos unían varios factores: el lazo promocional, el afán renovador, el descontento por el estado de cosas injusto que reinaba —desde siempre— en el país, la convicción plena de que la transformación del Perú sólo podía obtenerse a través de una doctrina científica y de una acción eminentemente moral. A seis años del establecimiento de nuestro partido, podemos mirar la trayectoria social-progresista con plena satisfacción: nuestra ideología, desde el principio de sentido izquierdista, se ha hecho revolucionaria en la más auténtica acepción de la palabra, y nuestra decisión ética, que determina toda nuestra praxis, se ha acendrado y hecho carne viva. Debido a estos dos motores, a su permanente dinamismo, hemos perdido algunos amigos, que aspiraban unos al blando reformismo o que pensaban otros que nuestro movimiento era un aparato electoral dirigido hacia las curules, los ministerios, las embajadas.

La tarea ha sido penosa hasta hoy. Sin embargo, sabemos que la parte más dura y sacrificada de la lucha comienza ahora. Ya estamos señalados. La oligarquía y el imperialismo nos han colocado el signo estigmatizador del disociador, del partidario del caos, del "comunista", como suelen decir en el pobre lenguaje al uso, confundiendo el lúcido espíritu revolucionario con el tenebroso del anarquismo. Ignorantes o malintencionados, los satisfechos burgueses y sus empleados de la pluma y la opinión no pueden o no quieren reconocer que postulamos una transformación nacional hacia un orden legítimamente democrático. No pertenecemos a esas categorías humano-políticas que, según Basadre, merecen por su actitud y sus intenciones la denominación de "los podridos", "los incendiados" y "los congelados". Por no habernos adscrito a estas filas, ellos predicán una acción "a muerte" contra nosotros y obran así en la esperanza de excluirnos de la vida civil, ora por la ley anticonstitucional, ora por la calumnia, que arrojan "porque algo siem-

pre queda"; ora por el cerco del hambre que merma el pan del hogar. Enorgullecidos contemplar cómo el pueblo, penetrando con su recta intuición las cortinas de la maldición oligárquica (su prensa, su radio, su televisión, su mentira convertida en alimento homogeneizado oral y gráfico), llega hasta nosotros y cree en nuestras ideas porque aprecia nuestra conducta moral. Estamos seguros que no hay poder humano —y menos el del dinero— que derribe la verdad. Proclamamos una verdad y mil verdades desprendidas de ella. Es una fuerza que ni la muerte desvía o detiene.

Ante las fatigas del día, ante la abrumadora agresión cotidiana, ante esa inevitable desazón que los golpes alcanzan a producir, ante la insolencia del embuste reverenciado y servido por nuestros enemigos, aun con la ayuda de nombres e instituciones respetables de por sí, y a los cuales se emplea como desesperadas armas, tenemos un recurso prodigioso para recuperar la energía momentánea decaída: advertir que no hemos traicionado nuestra conciencia y que precisamente por esto no nos hemos equivocado. El trabajador, el profesional, el intelectual, el hombre que se conserva libre de las impurezas que emponzoñan el aire limpio de la existencia, se adhieren a nuestra causa y coinciden, cada día en mayor número y con más franca solidaridad, con la ideología revolucionaria —que es constructiva y es humanista— y con nuestra moral de no ceder un palmo en la batalla emprendida colectivamente, hace seis años, contra el bastión del oscurantismo colonial, en donde unos cuantos príncipes sin nobleza y una legión de autómatas o tragomonedas quieren continuar la farsa del orden hechizo.

De 1955 a este día, cualquiera que sea el destino que la historia nos reserva, podemos decir, parodiando las últimas palabras de César Vallejo, que ante el tribunal del pueblo tenemos un defensor, el pueblo. El social-progresismo es indetenible, no porque sus hombres sean titanes, pues somos, y no lo ocultamos, frágiles y falibles, sino porque mientras pidamos la justicia y practiquemos la rectitud nuestros pasos dejan surcos candentes en la tensa tierra de la historia.